PLUMA

LAPIZ

30 C.

PLUMA Y LAPIZ

SEMANARIO DE ARTE

ADMINISTRACIÓN Arturo Prat, 1122 | DIRECTOR Fernando Santivan | DIRECTOR ARTÍSTICO Cristóbal Fernandez | PRIMER REDACTOR Martin Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443
Oficina de Redacción: Morandé 432

Administración; Suscriciones, Avisos, Informes,
Casilla, 2443

AÑO I — SANTIAGO, 13 DE SETIEMBRE DE 1912 — NUM. 9

RUBEN DARIO

En algunos días más se hallará en medio de nosotros el gran poeta nicaragüense Ruben Darío, á quien los mismos españoles no vacilan en consagrar como el primero de cuantos escriben en lengua castellana. La presencia de Ruben Darío en Chile—despues de un cuarto de siglo de glorioso aventurar que ha permanecido lejos de nosotros—ha de ser el acontecimiento literario más interesante del año. Los que sobreviven de su generacion, los que fueron sus camaradas en épocas de bohemia voluntaria ó forzosa, sienten el deseo cordial de estrecharlo de nuevo entre sus brazos. como el hermano triunfador de los cuentos de hadas; mientras los jóvenes, el granado grupo de muchachos que ayudan á PLUMA Y LÁPIZ y que tienen en ella su hogar intelectual y no resisten á la ansiedad de aguardar y conocer al Maestro, al que, contra el gruñir de los críticos y el muequear de los humoristas, ha logrado, por la sola virtud de su genio llenar con su nombre y con su obra todo un período de la literatura hispano-americana. Es la suya una personalidad que ya no se discute, y solo unos cuantos atrasados mentales, —de esos que nunca faltan — persisten en considerarlo y aun en acusarlo como á jefe de una escuela determinada, cuando en realidad, él no ha hecho otra cosa que buscarse a sí mismo, cultivando y robusteciendo su originalidad, sin cuidarse de discípulos ni de prosélitos. Ruben Darío ha sido un innovador y un renovador. Eso basta para su gloria; y no es culpa suya ni hay derecho para reprocharle nada, si sus imitadores no han tenido facultades que se aproximen á las suyas.

Golondrina del trópico, él estuvo entre nosotros haciendo la etapa—la primera—de su peregrinación hacia la gran luz de la cultura europea. Buenos Aires fué la segunda, Madrid la tercera y París la definitiva. Esa golondrina tenía alas y pupilas de cóndor, y ni le fatigó la distancia ni le desorientó el explendor de las alturas. Ha cruzado bajo todos cielos, y en todas partes sus cantos, que resumen y multiplican todas las armonías del instrumento poético, han derramado dulzuras y entusiasmos sobre el éxtasis de las muchedumbres.

Algo, un jirón de la áspera y anunciadora juventud del poeta, nos pertenece. Por más que éste ambiente apático haya sido mas de una vez hostil al vuelo de ese pájaro encantado de las selvas tórcidas, no podemos menos de recordar con satisfacción que fué entre nosotros donde Dario vió brotar á su paso, entre rojos copihues, las primeras hojas del laurel sagrado. Aquí fué donde publicó sus «Abrojos» sus «Rimas», su «Canto Epico á las Glorias de Chile» y su «Azul» ¡ese evanjelio de los nuevos! Vive todavía en nuestra Quinta Normal el árbol predilecto de Ruben, aquel á cuya sombra iba á adormecer sus noltalgias de vagabundo ante sus visiones de inspirado. Roberto Breveshesen,—ese otro talentoso tropical, aquí formado—se lo ha dicho en su *Epístola:*

«Aquí está el sáuz! Aquí se abrió tu alma como una flor de juventud, al rayo puro de la mañana de tu gloria.....

La vuelta de Ruben tendrá para él algo de la sensación que se esperimenta, despues de años de ausencia, ante el solar de los mayores, y para nosotros, la alegría con qué, á la puerta del hogar, se aguarda al guerrero vencedor cargado con los trofeos de cien combates que han sido otras tantas victorias bien ganadas.

Al marjen de las conferencias de Enrique Molina

> ...Si la ciencia ha destruido á la humanidad muchas ilusiones, le ha dado en cambio muchas certidumbres con las cuales los hombres viven mas serenos y alegres de lo que estaban con las ilusiones ahora perdidas.
>
> E. MOLINA.

Muchos son los problemas que en la hora presente se abren aún como signos de interrogación ante el porvenir de las repúblicas indoespañolas; muchos y de muy dudosos alcances. Recientemente Francisco García Calderon aventuraba en su libro «Les Démocraties latines de l'Amérique» simpáticos anuncios de conquistas intelectuales y prácticas que habrán de fortalecer el porvenir de la América latina con los frutos de una democracia inspirada en altísimos ideales; y, ahora Enrique Molina, maestro de no pequeña parte de la juventud chilena, se ha dado á la labor de analizar y deducir los fines capitales hacia los cuales deviera derivar la enseñanza secundaria en Chile, que algunos aficionados (así sean Tancredo Pinochet en «La Conquista de Chile en el siglo veinte» y Francisco Antonio Encina en «Nuestra inferioridad económica») pretenden hacer evolucionar hacia un ideal —si es que así se pueda decir—razonadamente práctico.

Enrique Molina, que dista mucho de ser un intelectual frio y un calculista metódico, pues á pesar de estar de lleno dedicado al apostolado de la instrucción cultiva con amor frescos entusiasmos científico-artísticos, encarna firmemente en la enseñanza oficial chilena esa tendencia altamente fecunda y tradicionalmente latina, que basa la acción educativa en un eterno «devenir» de ideal y de energía. De él se pudiera pensar lo que de aquellos jóvenes atenienses que cruzan por los diálogos de Platon renovando una virtuosidad espiritual y física. Entre los maestros de la juventud americana, junto á los Rodó, á los Vaz Ferreira ó á los Valdes Cange, la actitud de Enrique Molina es representantiva dentro de su realismo positivista. «Uno de los ideales de la educación moderna—Lo dicho en su primera conferencia—es la formación de personalidades». Sentado este principio ya podemos presumir lijeramente hácia donde tiende su crítica de los sistemas actuales de enseñanza Por tradición nuestros establecimientos y nuestra universidad han formado hasta hoy solamente bachilleres ignorantones y profesionales egoistas; y, quienes, como los Lastarria, los Bilbao, los Amunátegui y los Barros Arana, gracias á un estudio tesonero derivaron en las tareas puramente especulativas y especialistas, fueron considerados entre el número de intelectuales fríos y razonadores que, desdeñados por las mayorias indoctas, se apolillaron entre los libros y en las cátedras superiores. Molina ha recordado que en Chile se mira con muy pocas simpatisa el intelectualismo. ¿Porqué? Acaso, como nos lo hiciera presente Unamuno, hay algo de cortajines entre nosotros? ¿Acaso nuestras inclinaciones nos llevaran hacia ese ridículo practicismo industrial en el que creen encontrar una probable salvación no pocos patrioteros huecos que, en fuerza de armarse económicamente en contra de una soñada hijemonía comercial de los Estados Unidos, nos sacrifican en el peor de los suplicios, como seria aquel de mercantilizarnos en nombre de una futura riqueza, sin tomar en cuenta siquiera fuesen las condiciones de nuestro pueblo. Si pretendemos competir con ellos nuestra actitud será la de aquel gusano que intentaba carcome un roble; si imitarles, algo hay en nuestra idiosincracia que nos traiciona. ¿Sería lójico suponer un paralelismo remoto entre las condiciones etnológicas de los pueblos del Norte y nuestras tendencias de latinos meridionales? O, si como soñaba el sociólogo frances... ¿nuestra salvación estará acaso en la pretendida imitación de otros pueblos cuyas condiciones resultan negativas respecto de nuestras excelencias espirituales? Ya Jaime lo dijo: no es posible apropiarse el alma de un pueblo y hacerla crecer como una planta en climas y terruños estraños á su vida y á su organismo, mecánicamente cuando está determinada para tales ó cuales latitudes. Y trasplantar no es crear.

Enrique Molina ha sido el mas esforzado en protestar contra esta orientación bárbara y descabellada que pretende encauzar nuestra enseñanza dentro de un canal de hierro, cuya desembocadura se abrirá como la boca de un Dios enorme (el mito de Mercurio) para tragar ideales, ensueños y bríos de belleza y de amor. Y no es que Molina estime ó pretende que un humanismo exajerado ó un intelectualismo á macha martillo hayan de ser nuestros salvadores, lejos de sus intenciones tales avances inconsecuentes; pero si que, en el mas alto grado, pide él la enseñanza secundaria la formación de personalidades, conciencia de los deberes y virtuosidad de frescos ideales. No es que por huir de una pretendida amenaza industrial vaya á caer en el temible culto del «dilettantismo» científico, culto de «sendos cientistas que Brumetiere atacó sin cuartel entre sus paisanos, ni en las abstracciones de tal ó cual corriente que intente orientar los estudios hacia una pretendida cultura de laboratorio, fria y egoista como lo que mas. El solo ejemplo de la España del siglo XVIII le habría convencido de lo contrario. Apartándose completamente de los estremos Enrique Molina busca y propone un término medio que concilie las dos tendencias asignándole cierto ascendiente de prioridad á la segunda que está mas cerca de un posible disideratum nacional.

Desgraciadamente, sucede que nuestros practicistas, (ya que no pragmatistas) no han logrado conciliar sus aspiraciones: hay quienes, como Tancredo Pinochet, quisieran convertirnos en una gran fábrica de actividad y de animalidad (no lo dice pero lo da á entender claramente); y hay quienes como Francisco

Antonio Encina,—ya lo ha recordado Enrique Molina en sus conferencias—idealizan el hombre de negocio hasta exactarlo en una especie de mito positivo; ambos pretenden establecer una colectividad cuyo sentido moral fuese una especie de «secreción» de la «conciencia práctica». El punto central del problema descansa en el individuo. Enrique Molina analiza este tipo especial, A ó B, y llega á suponer que, como elemento de cohesion social, es perjudicial ya que no nulo. Un hombre de negocios, ó, más bien dicho, este hombre de negocios, á pesar de cierto grado de filantropismo que sería dado suponerle, (aunque entre nosotros los Carnegies y los Rokefeller no existen) es un egoista calculador, mezquino por razon intrínseca de sus intereses. Su acción dentro de la colectividad tiende ante todo á beneficiarle aún cuando sea á costa del sacrificio de los demás. El tiene su moral «ad usum»: encarna el tipo clásico del «bildungphilister» de que hablaba Nietzsche. Su ideal está limitado por la barrera de su actividad unilateral. Dentro del grupo social representa un valor más ó menos cotizable según el tanto por ciento de interés fijos. Por mucho que este ideal se exajere, como sucede en la novela célebre de Freitag ó en el libro de Francisco Antonio Encina, resultará un exponente individual dependiente de «sus» circunstancias, pero de un individualismo desquisiador que en el mejor de los casos deriva (recordemos «Raza Chilena») hacia un nacionalismo estrecho, tanto más perjudicial cuanto que significa una auto-defensa, la defensa de la abeja que defendiese el alvéolo en que guarda su miel contra la asociación ó contra la sociabilidad del panal, en el supuesto caso de que las abejas se preocupasen de tales cosas, propias de los hombres, según el decir de Rabelais.

Así pues si esta concepción práctica de la enseñanza se basa en el culto del individualismo, el fracaso estará en razon directa del mayor despliegue de ambiciones personales. Los resultados se preveen fácilmente. «Los prácticos—dice Enrique Molina («Un pensador Norte-Americano») han ido á buscar apoyo y ejemplos para el sostenimiento de sus predicaciones en la vida de las razas y de los estados más avanzados del mundo; pero lo cierto es que, por ser los casos aducidos citados con un fin determinado, no contienen las más veces toda la verdad y queda siempre algo en la sombra que sacado á luz destruye y desbarata lo que se ha presentado como fundamento sólido de lo que se afirma ó predica. Los Estados Unidos de Norte América han formado y forman un arsenal muy preferido donde encontrar sustentáculos de la vida práctica. Y sin embargo, la vida de aquel gran pueblo examinado con más amplitud se presta á consideraciones y ofrece diferencias de los más variados matices que están muy distantes de corresponder á las admoniciones prácticas que se nos hacen aquí (1). Por ser aquella una sociedad esencialmente democrática—sin que el éxito inmerecido ó repentino deje de tener adoradores,—no obstante, lo práctico allá es la dignificación del trabajo, mientras que entre nosotros, lo práctico es, ante todo, la dignificación de la fortuna y del oro adquiridos con ó sin esfuerzos».

Si uno de los fines principales de la enseñanza moderna consiste en fortificar ideales ¿donde iríamos á buscar y á suponer los ideales de un hombre práctico que más fué dignificar el trabajo idiosincrasizándolo

El señor don Enrique Molina

como dos yankis sólo pretenden dignificar la competencia frente al elemento estranjero, cerrando las aduanas, en lucha sorda de ambiciones, de expoliación y acaparamiento manufacturero, que tarde ó temprano beneficiarán á una burocracia repugnante, señora del «trust» y del impuesto? ¿Dónde?...

La pregunta queda abierta como una interrogación ante el porvenir y ante el pasado latino: seamos pobres pero dignos; seamos dignos sin asesinar los ideales por la espalda.

ARMANDO DONOSO.

(1) Es necesario recordar que esta conferencia fué dictada en la Un versidad de Chile en Julio de 1907.

NUEVA MARGARITA

Te he visto en mis amores cual nueva Margarita
prodigando caricias con jesto señorial;
repartiendo los dones de tu gracia infinita
entre los soñadores de espada y madrigal...

Cortesana moderna con la gracia esquisita
de las desencantadas del arroyo oriental,
cuyos túrjidos senos rítmicamente ajita
la insaciable neurósis del deseo carnal;

Yo te adoro, te amo, porque amo lo exótico,
y tu talle flexible y ondulante es neurótico,
y tu ser es estraño como un sueño de amor...

Yo te adoro princesa, y me hundiera en erótico
sueño, entre las hebras de tu pelo caótico,
para gozar los ímpetus de tu histérico ardor.

DES GRIEUX.